



ADRIANA BORBÓN

LIBROS

# LA LUZ HUMANA EN *BIOGRAFÍA* *DE MI NOMBRE*

**R**aúl Cáceres es uno de esos raros poetas que, aunque ligeramente tardíos, se manifestaron dueños de todo su poder expresivo, de toda su potencialidad desde sus primeros libros.

Ya en *Para decir la noche*, su segundo título y primer libro como tal, Raúl Cáceres se nos presenta como un escritor claridoso, pasional, sabedor de su definitivo estado de gracia de poeta y guía.

Y es que Raúl no se anda por las ramas: se declara poeta por gracia y mandato de la vida, heredero de la luz que guía a los hombres y, por eso mismo, se sabe también hombre en pena y en desgracia.

No es extraño, pues, que título y motivo de su más reciente publicación sea un poema de aquella otra: *Para decir la noche*, 1973, donde ya José Emilio Pacheco incorporaba definitivamente el nombre de este poeta yucateco "a la joven generación poética mexicana".

El tiempo no ha hecho sino confirmar la certeza y el presagio: había (hay) en aquellos textos un poeta de excepción, habitado por selvas y caudales del Mayab, embriagado por ellos, poseído por antiguas potestades subterráneas que habitan y murmuran en su voz, en sus palabras, que lo pintan y al pintarlo biograflan la vida y el destino de los hombres.

La palabra, el poder que deviene de ella a sus oficiantes, es sin duda la piedra basal de esta obra dedicada a exaltar la función y las prerrogativas del poeta y la poesía en el mundo.

Ya desde el epígrafe de Saint John-Perse con que inicia el libro, Cáceres muestra sus señas de identidad, pero también, sobre todo, reitera su fe inque-

brantable en la Palabra (escrita con mayúscula), encarnación del principio de vida, origen y fin de todas las cosas; transparencia del Ser, lecho de Dios, sus ángeles y demonios.

Por eso no es extraño oírlo decir que somos sobre todo palabras, las mismas que nos erigen, nos dan vida y nos derrumban; las mismas que nos transparentan y nos hacen visibles a los demás y ante nosotros mismos; las palabras mismas donde se miran frente a frente lo más profundo y lo más alto.

Hay, sin duda, en la poesía de Cáceres ecos de una filosofía panteísta, que se enlaza con San Juan cuando éste señala en su Evangelio: "En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba con Dios, y la Palabra era Dios". Y cuando afirma que el mundo fue creado por la Palabra y que "la Palabra era la luz verdadera".

Raúl lo sabe; por eso, dirigiéndose a ella, a la Palabra, le confiesa: eres "lo que nunca se apaga", y más adelante le ha de decir que por ella "todo comienza, todo sueña, todo lo creas tú, todo lo enciendes".

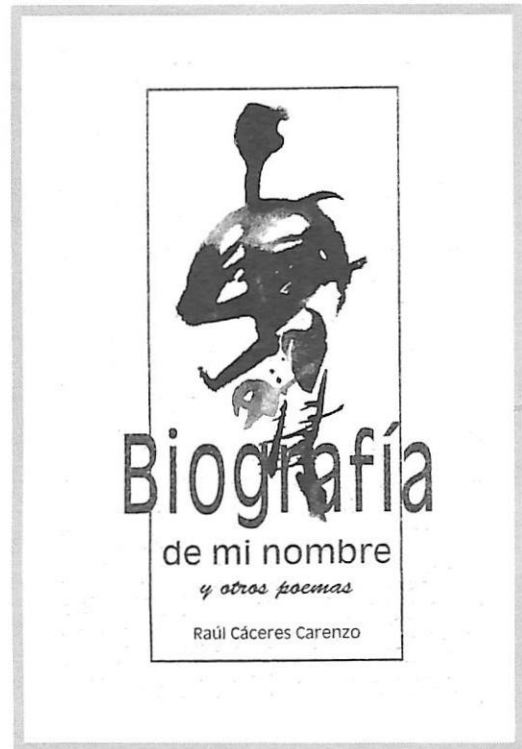
Su inalienable fe en la Palabra es, ciertamente, la de un creyente, sí, pero también la de un enamorado que invoca el favor y la presencia de su amada.

Por eso en otro texto, el poeta ha de pedirle a la Palabra misma:

Sepúltame, desándame, pronúnciame.

El poeta es aquí el creyente-enamorado que no existe, como especificaban los antiguos manuales del amor cortés, hasta que no oye su nombre de los labios de la amada.

Así, la oposición entre la nada y el ser es la misma que Raúl plantea entre el silencio y la palabra. Una oposición de contrarios que se resuelve finalmente en el principio de complementariedad. El enamorado ha de cobrar realidad gracias al reconocimiento que le brinda su amada; el vacío se colmará del Ser, o del vacío ha de surgir el Ser. Por eso, Raúl Cáceres dice que "el silencio es el polvo del sonido" y que "de silencio se llenan los mundos y germinan". Así que nuevamente es la Palabra el principio fundador y activo; la que habita y da sentido a la nada,



porque la Palabra no ha estado en el principio; en el principio era el caos, la nada y la Palabra habría venido entonces a encender hogueras y mundos.

Así, con esta fe en la Palabra como principio germinador, Cáceres sabe también del carácter fugitivo de las palabras y de los hombres, que fundan su patria sobre el viento:

A dejar testimonio  
de nuestros ojos:  
de la gloria y el dolor  
de estar vivos, hemos venido.

Es decir, a dejar testimonio, a través de las palabras, de lo fugitivo, "de la anunciada vida de los hombres"; a dejar testimonio del aire, de lo que ahora, en este instante, se está yendo con nosotros y que sólo las palabras, en sus múltiples mutaciones retienen, re-convocan y re-crean por un instante.

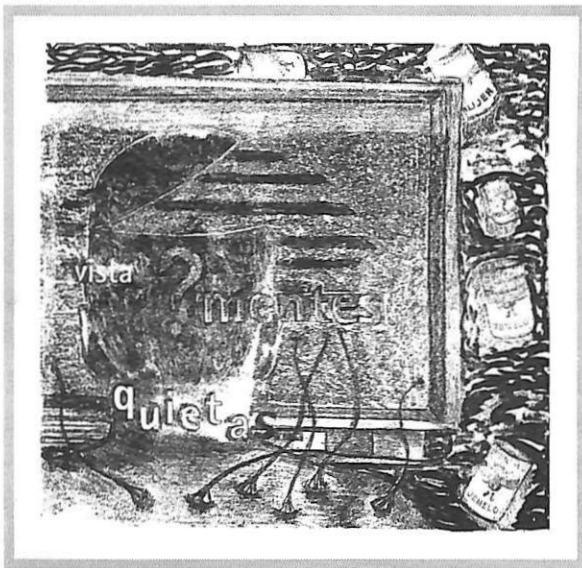
En esta marcha fugitiva del Ser hacia la nada, la memoria es un cuarto a oscuras, donde el poeta se dedica a iluminar, a arrojar luz, sobre cada objeto en penumbra, nombrando cada cosa, nombrando a las palabras con las que ha vivido en el pasado y que

sabe que le aguardan al final de los caminos, "con sus ojos y actos resplandecientes".

Esta es la memoria para Raúl Cáceres, y desde ahí, el poeta que es, se mira y se rehace en fragmentos, en frases vueltas a nombrar, en las caprichosas palabras: la infancia de los trenes en su riel de juguete, la iglesia del pueblo, "el gallo centurión", la caminata por el parque, la luz de la tarde, el maestro Juan que murió en el pueblo.

La memoria engarza, así, palabras, sitios, pronombres, todos convocados por la voz que los colma y les presta realidad por un instante.

Sólo así son visibles, pareciera decirnos el poeta; pareciera decirnos que la memoria misma, invocada sólo en el pensamiento, no existe; recuperarla será entonces nombrarla, darle voz para que sea, volverla así significable, hacerla visible a los demás, a través de las palabras y el poema, porque Raúl Cáceres sabe que, ante todo, "la poesía es un puente", un puente al interior, hacia abajo, un puente hacia la otra orilla, hacia los demás, hacia el cielo mismo (para recordarnos que venimos de la luz); es siempre una cuerda colgante, "el brazo que se le tiende al veci-



MARIANA GASCA LEYVA

no", como ha dicho Sabines; el puente que nos trasciende y que más allá de nosotros se convierte en el mar, en el sol, en el viento común que respiramos, en la soledad del viudo, en el dolor de muelas, en la noche a la deriva del solitario, del insomne; en el hijo enfermo, en el "tercer corazón" en el que creía Vladimir Hollan.

En la voz de mi voz habla el viento.

En mí está hablando el polvo  
Soy el polvo  
El mundo me pronuncia  
y no sé lo que dice  
o cuántos mundos  
precipitan mi voz.

La certeza del poeta de que sus voces lo trascienden, le hace concebir un sentido de redención a través de la palabra: la palabra como salvación, como asidero, no sólo para el poeta sino para el que se mira en el espejo intemporal del poema. "En tu voz habla el viento de lo humano", le dice el poeta a su espejo, se lo dice a sí mismo, para invocar aquí la naturaleza y la esencia suprema de la poesía.

Ya en el primer libro, el poeta habría de señalar que "el hombre se redime/ y muere en su palabra". Y no es extraño si el poeta de *Biografía de mi nombre* nos ha hablado en este libro de su fe en la sanación por la palabra, en el carácter translúcido que ésta le confiere al espíritu, en la pasión final con la que condena al hombre a buscarse entre sus semejantes.

No es extraño de un poeta que cree firmemente en el relámpago inmisericorde de la poesía, en el oficio innegociable del poeta, en la aparición teofánica, sagrada, del poema.

No es extraño tampoco, cuando se trata de un poeta para el que la poesía ha sido un objeto y un modo de vida total, y a la cual ha servido paciente, fiel y honradamente todos los días de su vida. LC

*Biografía de mi nombre y otros poemas*, Raúl Cáceres Careño, IMC/UAEM; Col. "La abeja y el quetzal", Toluca, 1998, 88 pp.